

## Los últimos realistas

JOSÉ LUIS ALONSO  
INSTITUTO NACIONAL NEWBERIAN / **GHM-ANH**  
alonso.josel@gmail.com

JUAN MANUEL PEÑA  
INSTITUTO NACIONAL NEWBERIAN / **GHM-ANH**  
juanmanuelpena1@gmail.com

### RESUMEN

Luego de la derrota de los ejércitos españoles en la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, no dio fin a la resistencia española en América del Sur. En la lejana isla de Chiloé, el por entonces, coronel Antonio de Quintanilla, con sus tropas continuaría defendiendo los intereses de la monarquía española en el continente. Su resistencia se prolongaría, por otros 13 meses hasta el 18 de julio de 1826.

### PALABRAS CLAVE

Independencia Americana – Guerras – Chile – Chiloé – Antonio Quintanilla

### ABSTRAC

The defeat of the Spanish army in the battle of Ayacucho, December 9, 1824, didn't put an end to the long war for the independence of the new republics of South America. In the distant island of Chiloé, national territory of the Chilean republic, a gallant and though Spanish garrison and a handful of settlers, under the leadership of the coronel Antonio de Quintanilla, go on fighting go in isolation for another thirteen months, without despond till july 18, 1826.

### KEY WORDS

American Independence – Wars – Chile – Chiloé – Antonio Quintanilla

## INTRODUCCIÓN

El triunfo de los Ejércitos Libertadores en la batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824 pareció dar fin, luego de largos años de cruentas luchas, al dominio efectivo de la corona española en el continente americano. Pero la resistencia de las armas de España persistió en dos enclaves aislados de la extensa geografía sudamericana, donde no fueron aceptadas la capitulación del ejército español, ocurrida luego de la derrota sufrida, confiando y esperando que la corona continuara la lucha para recuperar sus antiguas posesiones.

En la ciudad de Lima, ex capital del otrora poderoso Virreinato del Perú, las tropas comandadas por el brigadier José Manuel Rodil, atrincherado en la fortaleza del Callao continuaron desafiando y oponiéndose a las fuerzas libertadoras y a las autoridades republicanas en una prolongada y tenaz resistencia que persistió hasta la rendición del bastión el 28 de enero de 1826. El jefe español desdeñando la capitulación de las armas españolas luego del triunfo de Ayacucho y a pesar de ver el fin del ejército virreinal del Perú y el alejamiento de la flota española al mando del capitán Gruzeta, así como la desaparición de las tropas de Olañeta en Bolivia, se atrincheró al frente de 1.000 hombres en el fuerte del Callao<sup>1</sup>.

Su heroica y estéril resistencia se prolongó durante 13 meses enfrentado al sitio de las fuerzas patriotas y al hambre, el escorbuto y sublevaciones de parte de sus fuerzas. Los defensores en procura de alimentos, llegarían, en su desesperación, a consumir los ratones que infestaban los reductos.

Finalmente con más de 400 bajas por enfermedades y ya sin hallar alimento alguno, arriaron su bandera el 23 de enero de 1826. De la otrora orgullosa fortaleza, símbolo del poder del real, emergieron solo 400 famélicos y enfermos defensores. La tenaz resistencia a ultranza de Rodil y sus hombres fue posteriormente reconocida y premiada por el gobierno

<sup>1</sup> MODESTO LAFUENTE, *Historia general de España*, t. XX, Madrid, taller tipográfico Mellado, 1922, p. 53.

de España. Pero aún flameaba orgullosa la bandera del Rey de España en América del sur.

#### LOS DEFENSORES DE DE LA CORONA

En las costas de la joven República de Chile, en la isla de Chiloé, a más de un año de la decisiva derrota de Ayacucho aún persistía la resistencia española y recién 6 meses más tarde de la rendición del Callao la bandera española sería definitivamente arriada por sus últimos defensores el 18 de julio de 1826.

Hoy, la gesta de los defensores de Chiloé, aislados en los confines de América del Sur ha caído en el injusto olvido de los vencidos y es solo una pequeña página en la historia de los vencedores.

En la extensa costa meridional de la República de Chile entre los grados 41 y 44 de latitud sur se halla el archipiélago de Chiloé, formado por un conjunto de islas e islotes, separados entre sí y de la costa continental por estrechos canales. Verdadera prolongación del macizo de los Andes que progresivamente fue introduciéndose en el mar, dando origen a una costa anfractuosa, con fiordos, islas e islotes montañosos a todo su largo.

De estas formaciones la de mayor tamaño es la de Chiloé (isla de las gaviotas) con una superficie de 9.184 km<sup>2</sup>, descubierta en 1558 por don García Hurtado de Mendoza entre cuyos hombres se hallaba Alonso de Ercilla cuyos poemas han llegado hasta nuestros días.

La conquista y colonización se realizaría recién ocho años más tarde, con la fundación el 16 de junio de 15567 de la ciudad de San Antonio de Castro, en honor del virrey de Lima, ocasión en que la provincia recibió el nombre de Nueva Galicia, que no persistió en el tiempo.

La isla no presenta montañas de gran altura y la superficie de su suelo es irregular y se hallaba en el momento de su colonización, y durante muchos años más tarde, cubierta por densos bosques siempre frondosos y verdes y que solo tardíamente fueron siendo parcialmente reemplazados por tierras dedicadas a la agricultura. Algunos pequeños lagos y pantanos son parte también de la geografía isleña y por su vecindad al inmenso

océano Pacífico suele soportar numerosos temporales que castigan todo el archipiélago.

El interior de la isla de Chiloé se hallaba deshabitado y los aborígenes que la poblaban se habían instalado en sus orillas sin penetrar en su interior, viviendo de la abundante pesca circundante y de una escasa economía agrícola basada en el maíz. Los rebaños de carneros salvajes los proveían de carne y de lana, que era tejida y teñida con productos vegetales como en muchas otras culturas indígenas.

La colonización se efectuó muy lentamente no por la resistencia de los pobladores originales si no por las distancias que separaban Chiloé de la capital virreinal limeña cuyas autoridades regían una gigantesca región que iba de un océano a otro, y que se extendía desde las selvas ecuatoriales hasta el estrecho de Magallanes, mientras la cercana Capitanía de Chile se hallaba inmersa en su causalidad y la corte real española se hallaba a un mundo de distancia.

El archipiélago, y las costas de tierra firme adyacentes, pasaron a ser incluidas en la Capitanía General de Chile, reconociendo así la importancia estratégica de la región que residía en ser el primer lugar de recalada al que llegaban los navíos que se atrevían desafiar los peligros de emprender el pasaje de uno a otro de los océanos por el cabo de Hornos o por el estrecho de Magallanes.

La población de origen hispánico aumentó lentamente con los años conviviendo pacíficamente con los aborígenes locales, siendo una de las causas de su incremento, la llegada de refugiados que huían de las guerras que se libraban en el continente entre las autoridades españolas y los aborígenes araucanos.

Los conflictos que enfrentaban a España contra sus enemigos europeos también repercutían en la lejana Chiloé y en numerosas oportunidades los corsarios ingleses y holandeses se hicieron presentes en sus costas, llegando a saquear algunos de los pequeños poblados que los jesuitas habían levantado durante la catequización de los indígenas. El alto costo que representaba la defensa del archipiélago para la exigua economía de

la Capitanía General llevaron a las autoridades limeñas en 1776 a adjudicar esta provincia al Virreinato del Perú<sup>2</sup>.

Castro fue la única ciudad de la isla hasta el año 1767, en que por una ordenanza real se dispuso la creación de una plaza fuerte para defender el territorio, por lo que se fundó una nueva población, que recibió el nombre de San Carlos conocida hoy como Ancud. Construida en madera, pasaría a ser la sede de las autoridades españolas, y fue instalada en la costa septentrional de la isla, en una bahía que la protegía del riguroso clima, construyéndose además en años sucesivos algunas fortificaciones que fueron siendo mejoradas paulatinamente. Para el año de 1788 la población de San Carlos era de 1243 vecinos y se convirtió en la sede militar de la isla mientras que las autoridades políticas continuaban residiendo en la ciudad de Castro, estando ambas poblaciones en contacto por medio de un primitivo camino.

Cercano el fin del siglo la población del archipiélago ascendía a unos 1.600 pobladores entre españoles y criollos que convivían pacíficamente con unos 11.000 aborígenes. Ochenta y tres pequeños pueblos se desperdigaban en la región, habitados solo en algunos meses del año y cuya única relación entre sí eran las periódicas visitas de los padres franciscanos que habían reemplazado en su tarea evangelizadora a la Compañía de Jesús. Las islas y las costas continentales cercanas estaban gobernadas por un militar nombrado por el rey junto con un cabildo compuesto por 2 alcaldes ordinarios y seis regidores.

En San Carlos, el gobernador tenía a sus ordenes dos compañías de infantería veterana con 160 plazas, una de dragones de 80 hombres y otra en que formaban unos 130 artilleros que atendían los escasos cañones de la isla. A estas exiguas fuerzas se les sumaba el importante auxilio de las milicias provinciales que reunían unos 3.000 hombres de infantería y 100 artilleros comandados como era reglamentario por oficiales veteranos. Por cambios políticos en la administración de las colonias españolas en América la isla fue reincorporada a la Capitanía General de Chile en 1788,

<sup>2</sup> JOSÉ T. MEDINA, *Cosas de la colonia*, Santiago de Chile, 1952, pp. 381-382.

si bien las autoridades del Perú mantuvieron su poder sobre el archipiélago hasta la independencia.

La economía regional seguía siendo pobre y residía en el comercio de la madera y en la salazón de pescado, mientras las cosechas bastaban solo para el consumo interno y no era raro que no fuesen suficientes. Tres o cuatro barcos arribaban al año, provenientes de puertos chilenos o peruanos y proveían a los pobladores de yerba, vinos, tabaco, azúcar, harina y cientos de mercaderías que facilitaban la vida en la colonia. Los dineros oficiales destinados a solventar los gastos del gobierno y militares también llegaban con los navíos y con ellos las noticias del mundo exterior.

Como todas las poblaciones insulares mal comunicadas los pobladores de Chiloé se mantenían fieles a los recuerdos, convicciones, ideologías y creencias que los habían llevado a tan alejado lugar y solo tenían noticia de los grandes acontecimientos políticos y sociales que a fines del siglo 18 y en los albores del 19 comenzaban a cambiar el futuro de Europa y el mundo, a través de la óptica de las autoridades españolas.

No es de extrañar entonces que los intentos de independencia surgidos en América fuesen rechazados por muchos de sus habitantes y que la población de Chiloé adhiriese fielmente a los principios políticos y filosóficos que emanaban de los representantes de la monarquía española y que se oponían a todo tipo de cambio tanto en el contenido como en la forma de gobernar a las colonias<sup>3</sup>.

La existencia de movimientos ideológicos y políticos que cuestionaban desde 1810 la validez del gobierno español en las Américas y las noticias de las vicisitudes que en la península ibérica hacían peligrar la existencia misma el Estado español, no fueron conocidas por las autoridades y pobladores de Chiloé hasta meses después de haber ocurrido, y siempre a través de la adversa pero no equivocada interpretación de los sucesos que hacían las autoridades del poderoso Virreinato del Perú<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> MANUEL TORRES MARÍN, *Quintanilla y Chiloé: la epopeya de la constancia*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1985, pp. 11-12.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

Gobernaba en Chiloé en 1813 el teniente coronel Ignacio Justin cuando arribaron cinco naves comandadas por el brigadier Antonio Pareja, que había recibido del virrey del Perú, Fernando de Abascal, la orden de reprimir el movimiento revolucionario surgido en Chile en 1810<sup>5</sup>. Con la opinión de las autoridades y pobladores decididamente a favor de la causa realista, el brigadier español no tuvo dificultad alguna para obtener recursos materiales para su expedición punitiva, debiendo mencionarse entre ellos el aporte de 200.000 pesos, gran suma para una población de escasos recursos y la recluta de las tropas veteranas de la isla en número de 1.200 hombres junto con 8 piezas de artillería con una dotación de 120 artilleros. Estas fuerzas fueron embarcadas y zarparon rumbo al continente el 1° de mayo, dando así comienzo a la larga participación de las tropas chilotas en las campañas que se librarían contra las fuerzas insurgentes americanas.

En septiembre de ese año el brigadier Pareja fue reemplazado en el mando por el coronel Sánchez quién fletó el bergantín “Potrillo” a Chiloé, llevando a bordo al sargento mayor Ramón Jiménez de Navía para formar un nuevo regimiento de 600 plazas. La población isleña a pesar de los sacrificios que se le imponían, supo responder nuevamente, sin vacilar, a las necesidades de las autoridades virreinales y en enero de 1814 partían de la isla los refuerzos solicitados.

La pobreza del erario del gobierno de Chiloé, el alejamiento de unos 2.000 hombres útiles en las actividades laborales, a lo que se agregaba la carencia de todo tipo de ayuda económica proveniente de Lima desde un año antes, llevaron a la población a un peligroso estado de pobreza. El gobernador Justin demostró ser un excelente administrador de la crisis y sus medidas no solo le permitieron ir sobrellevando la difícil situación sino que además logró organizar un nuevo contingente de tropas que fue enviada en auxilio de la provincia de Valdivia, que se temía podía ser atacada por parte de las tropas que desde el otro lado de los Andes invadirían Chile al mando del general José de San Martín.

<sup>5</sup> DIEGO BARROS ARANA, *Las campañas de Chiloé (1820-1826)*, Santiago de Chile, 1856, pp. 22-24.

El compromiso de la población chilota y de su gobierno con la causa realista los llevó también a organizar algunas fuerzas de milicias para defensa de la isla. La presión de dar solución a las necesidades de sus gobernados y de cumplir con las demandas de apoyo a la causa real, mermaron peligrosamente la salud del gobernador llevándolo a presentar la renuncia a su cargo ante el entonces virrey de Lima, el general Joaquín de la Pezuela, quién no dudó en aceptarla, nombrando en su lugar a uno de los numerosos oficiales españoles que habían buscado refugio en el Perú luego de la derrota del ejército real en la batalla de Chacabuco.

La elección recayó en el coronel Antonio Quintanilla, según algunos autores y de Quintanilla según el mismo, quien uniría su nombre con la de los grandes jefes de la historia militar de España. El nuevo gobernador era natural del pueblo de Pámones, a unos 20 km. al sur de la ciudad española de Santander y había nacido el 14 de noviembre de 1787. En busca de fortuna, como tantos otros, arribó a Chile en 1802 para dedicarse al comercio bajo la tutela de un tío.

Ocho años más tarde al dar comienzo los movimientos revolucionarios que cambiarían los destinos de América y España, el joven español no dudó en enrolarse al lado de los que defendían la causa del monarca español. Enrolado en las milicias de caballería, en 1815 se presentó ante el coronel Pareja, siendo aceptado con el grado de capitán de esa arma dando así comienzo a una no esperada pero brillante carrera militar.

Su actuación frente a las tropas patriotas chilenas del coronel Luis de la Cruz le valió ser nombrado como gobernador de la plaza de San Pedro en las márgenes del río Bio-Bio, donde organizó por orden del general Osorio una fuerza de caballería que recibió el nombre de “Carabineros de Abascal”, con los que participó en la batalla de Rancagua, entrando victorioso al frente de los mismos en la capital chilena.

Reinstaurado el gobierno español en Chile, Quintanilla fue encargado de la persecución de las guerrillas patriotas que no cejaban de luchar por la libertad chilena. Su lúcida actuación, que a diferencia de lo realizado por otros jefes españoles no se vio manchada por crueldad alguna, le valió el respeto de sus jefes y subordinados.



La batalla de Chacabuco, librada el 12 de febrero de 1817, lo encontró al frente de sus carabineros y derrotado se dirigió al Perú, logrando embarcarse en el puerto de Valparaíso, y en la capital virreinal se unió con el ejército español para continuar sus servicios y donde recibiría su nombramiento de gobernador de Chiloé<sup>6</sup>.

A fines del año 1817, arribó Quintanilla a su nuevo destino, dando comienzo a una intensa actividad mejorando las defensas de la isla y organizando un batallón de milicias, a pesar de no disponer de otros fondos que aquellos que le habían sido otorgados por las autoridades limeñas, dado que como de costumbre el tesoro de la gobernación se encontraba exhausto. A la falta de recursos económicos, se agregaba el corte de las comunicaciones entre la isla y Lima, por la situación bélica imperante, que hacía imposible el recibir refuerzos militares o pecuniarios. A pesar de esto en octubre de 1817 lograron arribar a Chiloé desde el Perú, con algunos fondos, cinco oficiales veteranos que rápidamente fueron encargados del entrenamiento de las milicias.

Un inesperado refuerzo a la defensa del archipiélago lo constituyó la llegada de prófugos del ejército español, que había sido derrotado el 5 de abril de 1818 en la batalla de Maipú, con los que junto con algunos vecinos se logró formar una tropa de 1.000 hombres dispuestos a continuar defendiendo la causa del rey. La escuadra libertadora comandada por el vice almirante inglés Thomas Cochrane, luego de dispersar la expedición naval proveniente de España en ayuda del virreinato limeño y de capturar audazmente una fragata, bloqueó exitosamente los puertos peruanos.

Conjuntamente con estas acciones el marino inglés, sin autorización de sus jefes, atacó con todo éxito el puerto de Valdivia, con una fuerza de tres navíos y una tropa de desembarco de solo 150 hombres. La audaz operación naval logró reducir a una guarnición de 1.000 hombres que defendían 9 baluartes y permitió que la bandera chilena fuera izada defini-

<sup>6</sup> ANTONIO DE QUINTANILLA, *Autobiografía*, Anales de la Universidad de Santiago de Chile, 1926, pp. 117-121.

tivamente en la ciudad el 4 de febrero de 1820. Parte de la guarnición española consiguió huir, encabezados por el gobernador, el coronel Montoya, que había dirigido la defensa, logrando llegar hasta Chiloé<sup>7</sup>.

La ocupación de Valdivia aumentó los riesgos a los que se enfrentaba la aislada guarnición española de Chiloé. El triunfante marino inglés se dispuso a continuar su empresa y a bordo de la goleta “Monteczuma” y el transporte “Dolores” se dirigió a la isla, anclando en la bahía de Huechucucuy situada al noroeste y desembarcando unos 170 hombres de tropa y marinos que fueron puestos al mando del mayor Guillermo Miller<sup>8</sup>.

Al disponerse a desembarcar las tropas libertadoras se encontraron con una fuerza de defensores, enviada por Quintanilla, que estaba sobre aviso, compuesta por un cuerpo de infantería y otro de caballería apoyados de una pieza de artillería. Miller, simuló un ataque en otro punto lejano, consiguiendo dividir a los defensores, logrado esto dio comienzo el desembarco y ya en tierra derroto la débil oposición de los españoles, que abandonaron en su retirada su cañón, que fue capturado<sup>9</sup>.

La fuerza patriota marchó durante toda la noche en procura de alcanzar el fuerte de Agüi, que guarnecía la bahía de San Carlos, pero su desconocimiento de la geografía isleña y lo anfractuoso del terreno la hicieron vagar durante horas, logrando solo al amanecer hallar y seguir el camino hacia el enclave español.

Avanzada la mañana la columna se halló en las cercanías de otro baluarte español, situado al este de la bahía y que era llamado “de la Corona”. A pesar de no tratarse del fuerte buscado, Miller decidió atacarlo, logrando capturarlo rápidamente para luego continuar hacia real objetivo.

El único acceso a la fortificación de Agüi, que se hallaba defendida por 12 piezas de artillería y unos 300 soldados de infantería, era una estrecha senda que atravesaba la península, en cuyo extremo aguardaban

<sup>7</sup> LORD THOMAS COCHRANE, *Memorias*, Madrid, Editorial América, p. 47.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 52.

<sup>9</sup> DAVID CORDINGLY, *Cochrane, the dauntless*, London, Bloomsbury, 2007, pp. 283-284.

los defensores y a pesar de los riesgos que amenazaban su avance, Miller se decidió a llevar a cabo su ataque.

Quintanilla tuvo noticias el día 18 del desembarco y destino del mismo y dispuso el envío de una lancha armada con 2 cañones, que una vez alcanzada la bahía de San Carlos se acercó a la península donde se encontraba el fuerte de Agüi y dio comienzo a un certero bombardeo sobre las tropas patriotas que avanzaban por el estrecho camino, mientras que la guarnición española se vio reforzada por la llegada por vía marítima de 2 compañías de infantería enviadas por el gobernador.

A pesar del fuego que soportaban, las tropas de Miller llevaron a cabo su ataque. Sufriendo numerosas bajas que lo obligaron finalmente a retirarse ordenadamente, luego de destruir las provisiones de guerra capturadas y “clavar” los cañones capturados, a la vez que logró rechazar, en tres oportunidades, los contraataques de los defensores que buscaban evitar su reembarque, que finalmente no lograron impedir<sup>11</sup>.

Los derrotados dejaron 20 muertos y el doble de heridos, contándose entre ellos el propio Miller, quién gravemente herido en un muslo y en un pie fue llevado por sus hombres que abordaron sus barcos retornando a su puerto de origen<sup>12</sup>.

El gobierno patriota de Chile celebró la liberación de Valdivia y los territorios vecinos e ignoró por el momento la derrota sufrida a manos de Quintanilla y sus hombres, quienes vieron robustecido su espíritu de resistencia por el triunfo obtenido<sup>13</sup>.

La guarnición de Chiloé incrementó sus fuerzas con la llegada de realistas prófugos de la guarnición de Valdivia, mientras otros se reunían en el partido de Cavemapú en el continente pero cercanos a la costa de

<sup>10</sup> JOHN MILLER, *Memorias del General Miller al servicio de la república del Perú*, t.1, Madrid, Editorial América, pp. 251-252.

<sup>11</sup> COHRANE, *op. cit.*, p. 54.

<sup>12</sup> DIEGO BARROS ARANA, *op. cit.*, pp. 33-36.

<sup>13</sup> RODRIGO FUENZALIDA BADE, *La escuadra de Chile, desde la Alborada al Sesquicentenario*, 2<sup>da</sup> edición, Santiago de Chile, 1969, p. 169.

la isla, donde Quintanilla los organizó exitosamente en un regimiento de dragones.

Meses más tarde parte de este regimiento, por orden del incansable gobernador, embarcarían en un bergantín que había arribado a Chiloé bajo el mando del guerrillero realista Vicente Benavidez para incursionar contra las fuerzas de la República de Chile. Pasando entonces parte de la irreductible guarnición a colaborar en operaciones ofensivas en el continente.

El gobernador Quintanilla y sus tropas con el apoyo de los pobladores, a pesar de las derrotas que sufrían los ejércitos españoles, persistían en su actitud. Falto de apoyo económico y privados de todo tipo de asistencia acudieron al ingenio para paliar sus necesidades. Carentes de papel, las ordenes se daban solo verbalmente, o escritas en recortes de libros, las vestimentas fueron reemplazadas por otras confeccionadas en los telares nativos, en lugar de tabaco se fumaban hojas de manzano y faltos de trigo vieron reducirse las cabezas de ganado vacuno.

El gobernador no se dio por vencido: para preservar el casi inexistente tesoro público rebajó el sueldo de administrativos y militares y para aumentar el número de hombres destinados a las tareas agrícolas, cuando no se preveía un ataque, la mitad de los defensores eran licenciados temporalmente, reteniéndoles sus armas, y pasaban a realizar tareas de labranza.

La totalidad del archipiélago permanecía por entonces en manos españolas rodeado de un mar dominado por la flota chilena, que interceptaba todo tipo de comunicación con el resto del continente. El decidido gobernador viéndose aislado del continente por el bloqueo naval, decidió romper el mismo con sus propios recursos.

En noviembre de 1821 los hombres de Quintanilla lograron dar fin a la reparación de un viejo barco, abandonado en la bahía, llamado el "Presidente", que zarpó llevando al coronel José Ballesteros con la misión de llegar hasta el virrey peruano y dar cuenta de la difícil situación de los defensores. Luego de un azaroso viaje, escapando de la armada chilena, en un periplo que lo llevó de Arica a Arequipa y de allí al Cuzco, el enviado pudo llegar finalmente a la presencia del Virrey José de la

Serna quién decidió socorrer a la aislada guarnición con el envío de dinero y materiales de guerra.

El regreso de Barrientos fue accidentado, los 4 navíos fletados por él fueron capturados por barcos chilenos, y recién en noviembre de 1822 logró abordar y fletar una pequeña goleta de 40 Tn., con la que pudo finalmente evadir el bloqueo de los puertos peruanos, logrando retornar a la isla grande con magros recursos frente a las necesidades de la guarnición de Chiloé. Quintanilla convencido que frente a las defensas del Virreinato del Perú se estrellarían los ejércitos patriotas persistió, pese a sus penurias materiales, en su posición de defender a ultranza la causa del rey en América<sup>14</sup>.

Con la escuadra de guerra de Chile ocupada en bloquear los accesos marítimos del virreinato y su ejército combatiendo en tierra, el Libertador Bernardo O'Higgins no se hallaba en condiciones de proceder militarmente sobre el enclave español de Chiloé, decidiendo intentar la vía diplomática. El gobierno chileno envió como emisario a un oficial español prisionero, antiguo jefe de Quintanilla, esperando que fuese capaz de convencer al obstinado gobernador de la difícil situación de los ejércitos españoles en América y de lo inútil de persistir resistencia.

El 22 de enero de 1822 desembarcó de una fragata chilena, bajo bandera de parlamento, el enviado militar español portando cartas de O'Higgins, no tardando en entrevistarse con el jefe español quién rechazó la proposición respondiendo por carta al Libertador

Es verdad, que los asuntos de América tal como usted los anuncia se hallan favorabilísimos al sistema de independencia; pero también lo es, que el gobierno español ha de hacer el último esfuerzo a su restauración<sup>15</sup>.

Quintanilla, en la certeza de verse pronto atacado, comenzó una intensa movilización y preparación de sus tropas que por esos días consistían en un batallón veterano de infantería de 600 hombres, comandado

<sup>14</sup> DIEGO BARROS ARANA, *op. cit.*, pp. 43-45.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 47.

por el coronel Saturnino García, una compañía de 90 artilleros y un escuadrón de dragones de 100 plazas. Con los escasos recursos traídos por su enviado al Perú, el hábil gobernador introdujo una serie de medidas para mejorar las defensas del archipiélago.

A Ballesteros le fue encargada la defensa de la ciudad de Castro y de la mitad septentrional de la isla grande y de algunas poblaciones cercanas, ordenándole la preparación de las milicias de la región, mientras que por su lado logró reclutar en la isla de Calbuco algunos pobladores con los que incrementó su fuerza de caballería y el número de sus artilleros. Todo el archipiélago, aislado y rodeado de enemigos continuaba en pie de guerra como venía haciéndolo desde 1810.

En el mes de enero de 1823 la situación de los defensores de Chiloé tendría un extraño cambio, dejando de ser una posición defensiva a tener la posibilidad de hacer operaciones ofensivas sobre sus enemigos mediante la organización de una guerra de corso. Primero arribó a la isla un marino genovés, Mateo Marineri, que tenía tras de sí una larga historia caracterizada por haber cambiado de bando en más de una oportunidad. Arribó conduciendo una goleta mercante, la “Cinco hermanas”, fletada en Guayaquil, de la que se había apoderado amotinando a la tripulación.

Quintanilla le otorgó una patente de corso y le facilitó algunas piezas de artillería completando su armamento. Agradecido por la recepción recibida y la patente otorgada, que lo salvaba de ser considerado pirata, cambió el nombre del barco por el de “General Quintanilla”. Mientras esta nave daba comienzo a su campaña, arribó a la isla un bergantín inglés, el “Perig”, fletado en Río de Janeiro, armado con 18 cañones y que traía bordo 23 oficiales españoles, fugados del campo de prisioneros de las Brusquitas en la provincia de Buenos Aires, Argentina. El marino inglés enterado del bloqueo de los puertos peruanos optó por descargar los bienes que transportaba y aceptar una patente de corso, con las consiguientes ventajas económicas que la misma conllevaba. Así con bandera española y rebautizada “General Valdez” zarpó en su navío para dar comienzo a su misión.

Con ambos corsarios en campaña el infatigable Quintanilla no solo había mejorado la condición de sus tropas y gobernados sino que se aprestó a llevar al guerra al comercio enemigo, esperando obtener los recursos que le permitirían aguardar la siempre esperada reconquista española de América<sup>16</sup>. El “General Valdez” capturó la fragata “Mackenna” que transportaba parte del regimiento patriota “Sucre”, cuyos integrantes condujo prisioneros a Chiloé. Durante su navegación el corsario apresó otra fragata, de bandera genovesa, con un cargamento de armas y municiones destinadas al Ejército Libertador que combatía en tierras peruanas. Todos estos recursos enriquecieron el arsenal de la isla y aumentaron la confianza de los defensores en su futuro. El hasta entonces victorioso “General Valdez” desapareció en su viaje de regreso en busca de nuevas presas, unos días más tarde, dando fin a su corta pero fructífera campaña. El “General Quintanilla” por su parte cobró varias presas chilenas y algunas neutrales, entre estas últimas se contaron algunos barcos ingleses. Las capturas, si bien aportaron bienes y pertrechos a los isleños, les atrajeron las críticas de las potencias neutrales cuyas banderas no habían sido respetadas por el corsario genovés.

La omnipresente marina inglesa en la zona envió una de sus corbetas a Chiloé donde arribó en marzo de 1824 a San Carlos, obteniendo la devolución de las presas británicas y recibiendo las excusas del caso que fueron presentadas por el propio gobernador. Los prisioneros patriotas capturados por el desaparecido “General Valdez” fueron repartidos entre los vecinos, diseminando por las islas a aquellos que se rehusaron alistarse en las filas de los defensores; los oficiales por su parte fueron agrupados y estrechamente custodiados<sup>17</sup>.

La resistencia mantenida por la guarnición de Chiloé era un riesgo cierto para la joven república chilena dado que el archipiélago bien podía convertirse en una base importante frente a una nunca descartada expedición punitiva española. El gobierno del Director Supremo de Chile, ge-

<sup>16</sup> DIEGO BARROS ARANA, *op.cit.*, p. 48.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 50-59.

neral Ramón Freire instaurado en Santiago el 4 de abril de 1823, luego de enviar refuerzos a los ejércitos de Simón Bolívar en el Perú decidió finalizar con la ocupación española de Chiloé, región que la Constitución adoptada en diciembre del año anterior había incorporado como parte del territorio chileno.

La expedición formada por regimientos fogueados en las batallas por la independencia y destinada a ocupar el archipiélago fue puesta al mando del propio general Freire y como jefe de estado mayor asumió el brigadier Luis de la Cruz.

En Valparaíso se reunieron los batallones N° 7 y N° 8, al mando de los coroneles Randizzani y Beauchef, y a estas fuerzas se le sumarían semanas más tarde un destacamento de la Guardia de 200 plazas, mandados por el coronel Luis Pereira, el batallón N° 1 cuyo jefe era el también coronel Isaac Thompson y en Valdivia se les agregarían 300 hombres de caballería, 29 artilleros y 2 piezas de artillería, en total unos 2.500 hombres acompañados por una escuadra de 5 buques de guerra y 5 transportes, que zarparon rumbo a la isla grande el 18 de marzo.

El plan de ataque se basaba en la entrada de la flota por la fuerza en la bahía de San Carlos, venciendo la resistencia enemiga, pero Freire a la vista de la punta norte de la isla, el 22 de marzo, modificó el plan y poniendo rumbo al este se adentró en el canal entre las islas Sebastiana y el banco Inglés dejando de lado la bahía, fondeando al día siguiente en el antiguo puerto de Chacao.

Quintanilla no fue tomado de sorpresa por la aparición de la expedición chilena pues había sido advertido de los preparativos que se realizaron en Valparaíso y Valdivia habiendo tenido tiempo para aprestar sus defensas, y alejar pobladores y ganados de las costas. Todas las compañías de milicias habían sido instruidas y parte de ellas con alguna tropa de caballería y un cañón quedaron en la ciudad de Castro, concentrando en San Carlos las fuerzas veteranas y reforzando algunas baterías isleñas. El general Freire envió a un parlamentario para convencer al jefe español de las ventajas de rendir sus armas pero este fue rechazado, visto lo cual ordenó desembarcar en Delcahue una fuerza de 700 hombres comandada



por Beauchef con ordenes de adentrarse en la isla prosiguiendo hasta San Carlos donde se reuniría con sus fuerzas para así atacar conjuntamente las tropas de Quintanilla.

El desembarco se realizó casi sin resistencia y los 3 batallones patriotas avanzaron con grandes dificultades por la estrecha senda que llevaba a objetivo. Las milicias de Castro, Lemuy y Quinchao comandadas por el coronel Ballesteros, se retiraron de la ciudad de Castro y los aguardaron en una región pantanosa, cubierta de espesa vegetación, conocida como Macopully donde los atacaron el 1° de abril de 1824.

Pasada la sorpresa inicial, que les ocasionó numerosas bajas, los regimientos chilenos contraatacaron con valentía, salvándose los realistas de una segura derrota por la oportuna llegada de refuerzos, teniendo que replegarse los hombres de Beauchef hasta Delcahue, mientras sus oponentes hacían lo mismo en dirección a San Carlos. Cercano a esta ciudad recibió Freire noticias de lo sucedido en Macopully y desistió del ataque proyectado<sup>18</sup>. Los escasos de víveres y municiones, las bajas sufridas y lo avanzado de la estación, con el desencadenamiento de frecuentes tormentas, llevaron al jefe patriota a ordenar la evacuación del archipiélago con la consiguiente alegría de los hombres de Quintanilla.

Maineri con su barco había permanecido durante estos sucesos en la bahía de San Carlos y volvió a navegar al retirarse la escuadra patriota haciendo su guerra de corso en las costas peruanas donde atacó por error un barco de guerra francés, siendo apresado y enviado a Valparaíso finalizando así su campaña siendo tratado como un pirata.

El tenaz gobernador español continuó mejorando la defensa de las islas, incrementando el número de sus defensores y de piezas de artillería y encaró con éxito la construcción de algunas lanchas cañoneras, siempre a la espera de la ansiada reacción de España para recuperar sus colonias. El arribo el 28 de abril del capitán de navío Roque Curuzueta al mando de dos naves españolas el “Asia” y el “Aquiles” provenientes de España

<sup>18</sup> CONF. JORGE BEAUCHEF, *Memorias inéditas*, Santiago de Chile, Archivo Nacional de Santiago de Chile, Papeles Claudio Gay.

en auxilio de los ejércitos realistas que aún luchaban en el Perú, así como el reconocimiento real de los sacrificios realizados por la totalidad de los defensores de Chiloé, parecieron confirmar las esperanzas de Quintanilla y aumentaron, si eso era posible, su decisión de resistir.

Contra las esperanzas del gobernador, recientemente ascendido a brigadier general, el Virreinato del Perú sucumbía el 9 de diciembre de 1824 frente a los ejércitos patriotas vencedores en la batalla de Ayacucho que daba por tierra el poder real en el continente americano<sup>19</sup>. La noticia fue conocida en Chiloé el 6 de febrero de 1825 llevada por prófugos criollos, que arribaron en 2 navíos, el transporte “Trinidad” y el bergantín “Real Felipe”, y que habiendo combatido bajo las banderas reales escapaban de las represalias de los vencedores. Esto llevó al desaliento a los defensores españoles llenándolos de tristezas y dudas. Pronto se alzaron voces, civiles y militares, que dando por perdida la causa del rey de España desaconsejaban la continuación de la resistencia.

Algunos de los oficiales chilotes con tropas del batallón de milicias veteranas de San Carlos se alzaron en armas y apresaron a Quintanilla y al comandante Saturnino García, junto con algunos oficiales, pero la firme actitud del coronel José Ballesteros restauró el orden y la disciplina, siendo liberados los prisioneros y repuestos en sus cargos mientras los cabecillas fueron desterrados.

Quintanilla intentó vanamente ponerse en contacto con los aislados focos rebeldes como los comandados por Olañeta en el Alto Perú o Rodil en el Callao que aún resistían, como también fueron inútiles sus esfuerzos para obtener alguna ayuda del cónsul español en el Brasil. Chiloé y sus defensores se hallaban totalmente aislados, librados a sus escasas fuerzas y sin siquiera las esperanzas que siempre los habían acompañado y mantenido a la espera de la reconquista española. El gobierno de Chile decidió dar fin a la presencia española en su territorio enviando el 8 de febrero

<sup>19</sup> BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de San Martín y de la Emancipación Americana*, Buenos Aires, editorial Peuser, 1950, pp. 1194-1200.

de 1826 una fuerza de 3.000 hombres embarcados en 4 transportes junto con seis barcos de guerra<sup>20</sup>.

Quintanilla, siempre dispuesto a mantener su posición, vio desembarcar las fuerzas patriotas en la ensenada del inglés y ocupar la batería de Barcura que estaba cercana a la ciudad de San Carlos. El gobernador contaba en esos momentos con restos del batallón veterano, seis compañías de granaderos y cazadores de milicias, un escuadrón a pie de Dragones de la frontera más algunas tropas milicianas sueltas, en total 2.400 hombres pobremente armados. Con ellas, intento defender San Carlos tomando posición a su frente formando en línea a sus tropas en algunas alturas, construyendo parapetos, y contando con el apoyo de 4 lanchas cañoneras.

En la noche del 13 de enero de 1826 dio comienzo el ataque patriota que comenzó con el abordaje y captura de esas embarcaciones y se prolongó con el bombardeo que efectuaron 6 cañones chilenos durante la mañana. Ante estos sucesos Quintanilla ordenó la retirada hacia la cercana altura de Bellavista donde esperaba continuar con su tenaz resistencia, logrando con gran coraje rechazar varios ataques pero finalmente, falto de alimentos, decidió ordenar otra vez la retirada planificando continuar luchando en el interior de la isla, pero algunos de sus hombres dando signos de agotamiento empezaron a rendirse, aisladamente.

Este comportamiento se propagó a los cuerpos milicianos que abandonaban la lucha a pesar de los esfuerzos de Quintanilla, quién finalmente quedó solo acompañado de algunos oficiales y tropa del batallón de veteranos y un puñado de dragones. Frente a estos acontecimientos, aceptó por primera vez en entrar en negociaciones con los patriotas que finalizaron en una honrosa capitulación<sup>21</sup>.

<sup>20</sup> DIEGO BARROS ARANA, *op.cit.*, pp. 110-130.

<sup>21</sup> DIEGO BARROS ARANA, *op.cit.*, p. 130-144.

El 19 de enero de 1826, luego de luchar durante 16 años, la bandera española dejaba de ondear en la América del Sur. El brigadier general Quintanilla, el coronel Saturnino García y algunos de sus oficiales se negaron a jurar no volver a tomar las armas contra los americanos, por lo que debieron retornar a España por sus propios medios, cosa que hicieron abordando un navío francés que los transportó. El fiel coronel Barrientos permaneció en Chile, rehaciendo su vida junto con muchos de los antiguos defensores. Antonio de Quintanilla regresó así a la España de su niñez acompañado de su esposa e hijos con los que había compartido todas las vicisitudes de la prolongada defensa de Chiloé.

Su desempeño supo ser reconocido por la corona, cuyos intereses había sabido defender, siendo varias veces condecorado y ascendido a mariscal de campo en el año de 1830 y ejerciendo el cargo de gobernador de Tarragona en 1839. El último defensor del imperio español en la lejana América del sur falleció en Madrid en 1863.